

# La pasión del fútbol es... la narración

Andrés Vergara Aguirre

## Resumen:

Aunque para los hinchas asistir al estadio es parte imprescindible del ritual, aquí se reivindica al teleaficionado, es decir, el que prefiere disfrutar del fútbol a través de la televisión; además, se plantea una reflexión sobre la transmisión del partido como una forma de relato ficticio, que se puede disfrutar tanto o más de lo que disfruta del juego aquel fanático que asiste al estadio.

Palabras clave: aficionado, fútbol, televisión, narración, pasión.

A hí me perdonan los expertos en fútbol, éstos que reniegan de las decisiones de los estrategas, y que en cada partido se convierten en técnicos y pontifican de lo lindo; tal vez nunca en su vida jugaron un partido en una cancha de verdad, o hasta puede que sí, pero entonces se les olvidó lo enorme que es ese terreno para comérselo durante noventa y tantos minutos... en todo caso, señores sabelotodo, yo quiero hablar en nombre de los ignorantes en el tema, nosotros, a los que ustedes miran por encima del hombro cuando hacemos preguntas que les resultan tontas, nosotros a los que ustedes, fanáticos furibundos, desprecian cuando a la pregunta de rigor respondemos que “me gusta el fútbol” y que “le tengo cariño a los equipos criollos”, y que “me gusta ver al Barcelona o al Madrid, por Ronaldo o por Ronaldinho...”. Pero lo que se dice hincha, hincha, ¡pues no!

Sí, es verdad que en 1989 le hice fuerza al Nacional cuando el hoy menospreciado Higuita logró la proeza de atajarles el sueño a los cobradores del Olimpia para entregarle a Colombia la primera Copa Libertadores; pero eso no me convierte en hincha. Me encariñé con ese equipo durante un tiempito, sin embargo no tanto como para no darme cuenta cuando se fue desbarajustando hasta convertirse en un equipo mediocre. Entonces tampoco sabía mucho del contexto de los equipos; fue después, incluso mucho después de que un jugador del América abriera su bocota para dedicarle un gol a un capo de la mafia, que me hablaron de la guerra de los carteles de las drogas representada en la cancha cuando se enfrentaban los puros criollos y los diablos rojos... Medellín y Cali, América

y el Nacional, ¿me entiende? Pero estamos en otro cuento.

Desde mis primeros pinitos como teleaficionado del fútbol, comencé a sentir esa repulsa por ustedes, los sabelotodo en esto de lo futbolístico. Recuerdo que aquella tarde, los otros, todos, estaban lelos frente al televisor, y como no tenía nada más qué hacer, me arrimé ahí de metido, a tratar de ver aquello en lo que todavía era analfabeta; transmitían un partido de la selección nacional contra no sé qué otro equipo, tal vez por la Copa América. El asunto es que cuando vi el uniforme de uno de los equipos pregunté con todo mi candor: ¿el de amarillo es Colombia? Se burlaron, qué estupidez. Claro, para ellos era una pregunta muy tonta, pero para mí era toda una revelación. Hinchas tenían que ser. Desde entonces, me quedó cierta desconfianza por esos que son capaces de pelear, de insultar y hasta de matar por la pasión de una camiseta, por un trapo.

¿Por qué dije teleaficionado? Pues porque soy un aficionado de los partidos por televisión, y sostengo que la pasión del fútbol es la narración. Nunca he pagado por una boleta para entrar a un estadio, y tal vez nunca lo haga. No por el dinero, sino porque me da pereza irme a aguantar sol o lluvia y multitud y todas esas pendejadas para rendirle culto a un equipo. Ellos están a mi servicio y puedo disfrutar su juego, pero no voy a esclavizarme de esa pasión. Por otro lado, si bien los goles son importantes, aprendí a querer el fútbol por las transmisiones, y una vez que me tocó ver un partido del Nacional en el Atanasio, en preferencia y por pura casualidad, sentí una

gran decepción porque de los tres goles que el verde le hizo al Junior aquella tarde, ninguno lo pude disfrutar tanto como disfruto los goles que me narra la televisión. Mi amor por el gol lo vivo en las repeticiones de las jugadas, en las variaciones de las tomas, en los diversos ángulos, en la celebración, en la cámara lenta. Fue en esta forma de relato que aprendí a disfrutar del fútbol, y prefiero esa ficción a la realidad del estadio de graderías duras y un campo de juego que me resulta lejano, con una toma monótona porque no hay cortes ni montaje ni repeticiones ni mucho menos cámara lenta. Para mí, sin la cámara lenta que me deje ver los pormenores de las jugadas decisivas no hay éxtasis.

Tal vez si aquella tarde hubiera estado en una tribuna más popular, entre la gente que vive su propia fiesta cada domingo... y si hubiera llevado un radiecito para escuchar el relato de una ficción muy distinta al juego frío y monótono que alcanza a verse desde ese único plano... pero ¡qué pereza! Prefiero mis partidos desde la comodidad del sofá o de la cama, con el teléfono a un lado y la nevera cerca... con voladitas al baño o a la cocina, mientras hacen un cambio o alguno de los actores hace la pantomima de quedarse sobre la grama para que lo recojan en camilla, despacio para que se le extinga el tiempo al otro equipo, el que va perdiendo... Cuando el partido está medio flojo le juego al zapping y así por el estilo. De esta manera, señores resabidos del fútbol, es como yo vivo mi pasión. No acepto el martirio por este juego, y trato de solidarizarme con los hinchas del Poderoso, pero nunca voy a entender cómo la gente puede llegar a querer tanto a un equipo que se quedó más de cuarenta años sin tocar una copa, un equipo que tal vez les ha dado más penas que alegrías... a veces, en el esfuerzo por entender, me digo que el hincha del Medellín es una herencia del cristianismo, la idolatría frente a la crucifixión. Al fin de cuentas Eduardo Galeano ha dicho que el fútbol es otra religión.

Sí, estimado sabelotodo, para mí el fútbol es así, fácil, muy fácil... Nada tiene qué ver mi afición con el famoso Gordo Reyes, ese que a pulmón libre inflaba los balones de su querido equipo el Nacional, y cuyo fanatismo se vol-

vió legendario entre los uruguayos; tanto que con el tiempo su oficio de "hinchapelotas" se convirtió en el apelativo para denominar a los que, como él, aman el fútbol a muerte. No. A mí me gusta ver los partidos, y entre alegrías y rabias disfruto los juegos por televisión.

Vaya usted, querido hincha, haga la fila interminable para comprar boleta, y haga otra más multitudinaria para entrar al estadio, viva su pasión. A mí no me da para tanto. Escasamente, si me acuerdo, veré el partido por televisión, y si está bueno tal vez lo vea completo. Si me aburro, de vez en cuando me asomaré, en el vaivén del zapping... Vaya usted achichárrese bajo un sol reverberante, o chúpese un aguacero de esos que encharcan la grama porque el drenaje no da abasto para estas precipitaciones tropicales. Vaya indague los últimos datos, compre la última camiseta, peléese con la barra del otro equipo, emputese por los que considera errores del técnico o del árbitro, o de ese juez de línea que para usted es evidente que es un vendido... Vaya pelee por su pedazo de cemento duro, y si está de buenas tal vez entre pancartas y banderas gigantescas logre ver el partido. Vaya usted.

Yo, como no cargo el peso de ser hincha, ni de saber mucho del tema, ni de haber crecido, como vos, al lado de un papá que te cargaba el tetero para el estadio y que te dejó la herencia del fanatismo, yo no tengo que sufrir todos esos flagelos del hincha. Yo me quedo aquí, apoltronado en mi sala, a la sombra, en la locha del domingo, viendo el partido para olvidarme de que entre las cuatro y las seis de este domingo es la hora perfecta para el suicidio. Yo no soy para el fútbol, el fútbol es para mí, y cuando me aburre lo pateo...

Y en cuanto a mi pasión, se lo repito: para mí la pasión del fútbol está en la narración. Pero no esa narración de locutores que se desgañitan repitiendo las jugadas que ya vi, que gritan con la desmesura de los histéricos hasta alcanzar la cúspide de la disfonía. Para mí, la pasión del fútbol está en la narración de las imágenes; por eso cuando termina un partido que fue bueno y que estuvo bien narrado, me queda el sabor de haber visto la mejor película. ■